

EL ENTORNO ARQUEOLÓGICO DEL «CENTAURO DE ROYOS» DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL

José Antonio Melgares Guerrero

Académico de la Real Academia Alfonso X El Sabio (Murcia)

SUMMARY

At the end of the XIX century from Royos the famous greek «centaurus» made of bronze, was found. Although the exact place of its findings is still unknown (we know it is in the region of Caravaca de la Cruz, Murcia), it must have been found in some of the deposits situated along «Cañadas de Tarragoya», where the river Quipar springs. This was the natural historical path where the greek merchants carried intense trade from the Mediterranean to Oriental Andalusia.

El célebre «Centauro» de bronce que se exhibe en el Museo Arqueológico Nacional como pieza singular procedente del lugar de «Los Royos» en el término municipal de Caravaca de la Cruz, provincia de Murcia, ha sido referido, descrito y estudiado minuciosamente por diferentes arqueólogos¹ desde que a finales del pasado siglo (concretamente en 1897) el erudito lorquino Eulogio Saavedra y Pérez de Meca decidiera desprenderse del mismo, donándolo a aquella Institución Estatal. La pieza pertenecía a su particular colección de objetos arqueológicos, procedentes, en su inmensa mayoría, de hallazgos fortuitos o inintencionados en las extensas propiedades rústicas familiares de que era poseedor en los campos de Caravaca, Lorca y Mula.

¹ MELIDA, José Ramón, en 1897. HUBNER, Emil, en 1898. París, Pierre, en 1903. BAUR, Paul, en 1912. ÁLVAREZ OSORIO, Francisco, 1925. DEL RIVERO, Casto María, 1927. THOUVENOT, Raymond, 1927. MELIDA, José Ramón, 1929. BOSCH GIMPERA, Pedro, 1932. PERICOT GARCÍA, Luis, 1934. GARCÍA Y BELLIDO, Antonio, 1948. PÉREZ SÁNCHEZ, Alfonso, 1976.

La ubicación exacta del lugar del hallazgo nunca ha sido revelada, ni creemos que pueda serlo tantos años después del mismo, lo cual nos obliga a pensar en alguno de los abundantes yacimientos ibéricos que en torno a la pedanía de Royosregonan, tácitamente, la existencia de un hábitat de carácter rural y economía agropecuaria, muy similar al que en épocas históricas posteriores se ha perpetuado a lo largo y ancho de un relativamente amplio espacio geográfico en la zona suroeste del término municipal de Caravaca de la Cruz, donde tiene sus fuentes el Quipar, afluente que vierte sus aguas por la derecha al río Segura, y cuya situación geográfica es fácil de localizar en torno a los 37° 56' y 18" de longitud y 1° 36' y 32" de latitud, dentro de la región de Murcia y no en la Castellano-Manchega como en alguna publicación de historia regional se ha llegado a afirmar².

² *Historia de la Región Murciana*. Tomo II. Murcia, Ediciones Mediterráneo, 1980.

El propio topónimo «Royos», degradación lingüística de «arroyos», constata la existencia histórica de abundantes nacimientos de agua en el espacio mencionado (distribuyéndose el mismo, por los lugareños, en una subdivisión espacial que aún pervive: «Royos de Arriba» y «Royos de Abajo»), que propiciaron el asentamiento en sus inmediaciones de gentes dedicadas al cultivo de la tierra y al pastoreo desde la Edad del Bronce hasta nuestros días, en que no se ha librado de la emigración generalizada del campo a la ciudad, emigración dirigida fundamentalmente a la capital del municipio quienes aún conservan sus posesiones en producción, y a Cataluña los que carecían de ellas u optaron por su enajenación.

Ninguno de los yacimientos a que nos referiremos, en alguno de los cuales pudo encontrarse la pieza arqueológica objeto de nuestro trabajo, tiene, sin embargo, entidad suficiente (según se desprende de su estudio en superficie), para poder pensar en su hegemonía sobre los demás, por extensión, riqueza de material o distribución espacial. Todos responden a una tipología común dentro de lo que antes y ahora se ha convenido en denominar pequeñas explotaciones agropecuarias, sin mayores pretensiones. El hallazgo de una pieza tan singular como la que nos ocupa, no indica otra cosa (según los estudios realizados hasta el momento), que la llegada hasta allí, por camino que a continuación veremos, de un comercio relativamente intenso de mercaderes griegos, que ya existía, según la datación que se hace de la pieza, a mediados del siglo VI a. C.³, fecha en que, sin duda, ya hacía tiempo era conocida la zona por aquéllos.

EL CAMINO DE ACCESO

Al espacio referido se llegaba, entonces y ahora, a través del valle del Quipar, por las «Cañadas de Tarragoya» y el camino que comunica yacimientos arqueológicos tan importantes como *Begastri* (en el término municipal de Cehegín), y *Assota*, *Villares* y *Villaricos* (en el Estrecho de la Encarnación), ya en tierras de Caravaca, siguiendo el cauce del río, aún niño. Se trata de una vía de penetración desde Guardamar, en el Mediterráneo suresteño, siguiendo el valle del Segura aguas arriba, hasta su confluencia con el Quipar, en busca de las tierras andaluzas de Granada. Camino éste de gran importancia histórica en estas tierras⁴,

3 MELIDA, José Ramón. «Figura de centauro, bronce griego procedente de Royos, campo de Caravaca, Murcia». En revista de *Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1897. I, pág. 513, láms. XVII y XVIII.

4 Hasta el punto de que una reciente teoría aportada por el profesor Antonino González Blanco defiende que el topónimo «Caravaca» puede estar relacionado con la raíz ibérica *car* o *carra* que significa *camino*, de donde sería probable extraer el significado del mismo como *camino de vacas* que desde Andalucía condujese a las sierras de Alcaraz o Segura.

ya que fue el utilizado, parcial o totalmente, y en dirección contraria, por los moros granadinos acaudillados por el Alcaide de Huéscar Alí Mohamed, que en 1285 arrebataron por sorpresa el Castillo de Bullas a los Templarios (lo que motivó el enojo de Sancho IV «El Bravo» y la desposesión temporal de la baylía de Caravaca a aquella orden militar); y el que siguieron las tropas del mariscal Sout en la retirada del cuerpo de ejército que él dirigía cuando, en 1811, los franceses se retiraban de Andalucía. Tropas que, acosadas desde Caravaca y Cehegín, saquearon e incendiaron ambas ciudades entre el 26 de septiembre y el 5 de octubre de aquel año. También siguió aquella ruta, esta vez en la misma dirección que los mercaderes griegos de la antigüedad, el Infante Alfonso «El Sabio», desde la pedanía de La Almudema, cuando en 1244 se dirigía al castillo de Poyos de Celda, muy cerca de Royos, cuando el entonces heredero de Castilla marchaba a la conquista de Lorca tras encargar la tenencia de Caravaca a Berenguer de Entenza, según reza la tradición lorquina. Así como el rey Fernando «El Católico», en 1488, tras la campaña de Vera al dirigirse desde Huescar a Caravaca a visitar la reliquia de la Stma. Cruz, fecha en que regaló al santuario de la Patrona de Caravaca una lámpara que, muy transformada, aún se conserva ante el tabernáculo de la mencionada reliquia⁵. Para controlar esta vía de acceso a Caravaca, y en general al reino de Murcia por el itinerario referido y el alternativo paralelo que supone el valle del río Argos, construyeron los templarios a fines del siglo XIII las torres defensivas de Jorquera y Represa respectivamente, evitando así sorpresas como la de los moros de Huéscar referida⁶.

El camino mencionado se inicia, en su trazado actual, en el espacio superficial de la pedanía caravaqueña de La Almudema, después de dejar atrás el complejo arqueológico del Estrecho de la Encarnación surcando, aguas arriba, las ya citadas Cañadas de Tarragoya, entre tierras fértiles que albergan en sus márgenes abundantes asentamientos humanos prehistóricos que, como se ha dicho, recibieron la visita frecuente de mercaderes griegos de paso hacia la actual Andalucía, desde el siglo VII a. C. Estos asentamientos, de base argárica, tuvieron especial importancia durante todo el período ibérico, siendo romanizados en su integridad a partir del siglo I de nuestra era. Característica general observada en todos ellos es el desplazamiento poblacional desde la altura donde en época ibérica se protegían sus pobladores más de ellos mismos que de enemigos comunes, al llano, cerca de manantiales y arroyos, tras la

5 MELGARES GUERRERO, José Antonio. *La visita de Fernando El Católico a Caravaca y la lámpara votiva con que obsequió a la Vera Cruz*. Caravaca, 1992.

6 MELGARES GUERRERO, José Antonio. *Crónicas para la historia de Caravaca*. Caravaca, 1991.



Izquierda: Alejandro Severo (anverso) procedente de «La Fuente» (Los Royos). Derecha: Antonio Pío (anverso) «Los Morales» (Royos).



Izquierda: Alejandro Severo (reverso). Derecha: Antonio Pío (reverso).

Pax Augusta, cuando los tradicionales peligros de inestabilidad social desaparecieron.

YACIMIENTOS DEL ENTORNO

Cinco son los yacimientos más importantes a los que nos vamos a referir, todos jalonando el camino mencionado, en cualquiera de los cuales pudo hallarse el Centauro objeto de nuestro estudio. Lástima que el material arqueológico obtenido en ellos (siempre en prospección superficial, como queda dicho), no aporte elementos suficientes para un conocimiento preciso que pueda conducirnos a hipótesis más o menos concluyentes. El primero se encuentra cercano al «Puente de La Almudema» tras dejar la carretera comarcal 3211 y ya en la margen izquierda de la local que conduce a Royos. Se sitúa frente a la escuela rural y se extiende a lo largo de una superficie irregular de cien metros cuadrados aproximadamente. Su aspecto denota haber sido un discreto asentamiento habitado por agricultores sujetos a una precaria economía de subsistencia. De muy poca potencia ibérica y materiales rastreros romanos de cerámica industrial y diversos tipos de sigillata. Cabe, sin embargo, destacar un *as* de bronce con figura de Jano Bifronte en estado de conservación tan deficiente que no permite situarla cronológicamente. La pieza pertenece en la actualidad a una colección particular.

Muy cerca, el yacimiento ibérico de «La Poza». Villa rústica también, donde se conserva, intacta, la necrópolis en la ladera del cerro. Desperdigados, se encuentran con relativa abundancia, fragmentos de cerámicas griegas de barniz negro, mezcladas con las ibéricas pintadas. El estrato romano se sitúa a los pies del mismo cerro, ofreciendo sigillatas sudgálicas y claras tardías.

Más adelante, y siempre en dirección a la localidad de Los Royos, «Los Morales»⁷, en la falda del pico norte del «Cerro del Carro», asentamiento que estimamos pudo tener cierta influencia sobre los demás de su entorno sólo a juzgar por el material íbero-romano encontrado. Aquí, junto a las cerámicas ibéricas pintadas con decoración geométrica, zoomorfa y antropomorfa, también aparecen restos de sigillata sudgálica y, en menor abundancia, sigillatas claras. Sin embargo, el material lítico a base de

muelas fijas y móviles de molinos de mano y, sobre todo, una basa monolítica formada por un dado prismático de planta cuadrada que pudo officiar de plinto para un fuste cilíndrico y liso al que se une, de 40 cm de altura, nos induce a pensar en alguna edificación notable ocupada por algún jerarca o acaudalado personaje, y no tanto en la presencia de un santuario dada la carencia absoluta de exvotos. Más en el llano, en los terrenos de labor conocidos con el nombre de «Las Carrasquicas», se encontró un *as* de Antonino Pío (138-161 d. C.), hoy en colección particular.

Poco más adelante, muy cerca ya del actual núcleo urbano: «La Ventica», donde vuelve a diferenciarse el poblamiento íbero a la derecha de la carretera, sobre el cerro y en la ladera del mismo, y la villa rústica romana extendida a sus pies a la izquierda de la calzada, donde se han encontrado varios sextercios del siglo III junto a un *as* de Cástulo y otro de Jano, sin duda procedentes del sector ibérico.

Finalmente, a la entrada de «Los Royos», otra villa de carácter rústico junto a «la fuente», en torno a la cual se observan restos de cerámica ibérica pintada. En este lugar se halló un sextercio de Alejandro Severo (222-235) junto a otras monedas del Bajo Imperio todas ellas pertenecientes hoy a colecciones particulares a las que nos ha sido posible acceder. Siguiendo el camino, dejando atrás Royos, Tajón y Ventorrillo de los Caballos, se llega al Castillo de «Poyos de Celda», pero este yacimiento, de base argálica, es fundamentalmente medieval y creemos que queda alejado del radio de acción que nos interesa en este momento.

Podría resultar aventurado fijar el sitio exacto donde se encontró el célebre «Centauro», en uno u otro de entre los mencionados yacimientos. Sin embargo, como defendí en 1974, la presencia de un material que podríamos considerar más notable en «Los Morales», nos hace pensar que pudiera ser éste, y no otro, el lugar donde se produjo el hallazgo, teniendo como telón de fondo el «Cerro del Carro», lugar éste de singular atractivo y punto de referencia orográfica, por su visibilidad desde gran parte de las tierras que comportan el término municipal de Caravaca de la Cruz.

⁷ Yacimiento del que nos ocupamos en nuestra Tesis de Licenciatura: *Carta Arqueológica del Término Municipal de Caravaca*. Inédita. Universidad de Murcia, 1974.